

Dr. INGEGNIEROS

LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

“HACIA LA JUSTICIA”, de Sicardi

CON UNA INTRODUCCIÓN SOBRE

LOS MÉDICOS LITERATOS



BUENOS AIRES

A. RICHEPAREBORDA, EDITOR

Calle Tacuàri 359

1903

al Sr. Cobos, con afectuosa
estimación su amigo
Luzerme

LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

“HACIA LA JUSTICIA”

de SICARDI

Dr. INGENIEROS

LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

“HACIA LA JUSTICIA”, de Sicardi

CON UNA INTRODUCCIÓN SOBRE

LOS MÉDICOS LITERATOS



BUENOS AIRES

IMP., LIB. Y CASA EDITORA DE A. BUCHEPAREBORDA
Calle Tacuarí 359

1903

33-8

FE DE ERRATAS

ÍNDICE

Introducción:

LOS MÉDICOS LITERATOS .	9
I. LA OBRA TOTAL DE SICARDI	31
II PSICOPATOLOGÍA ARTÍSTICA EN “HACIA LA JUSTICIA”:	
Germán	46
Goga	55
Méndez	64
Dolores	67
Elbio	73
Psicología de las multitudes	83
Conclusiones	102
III. CRITERIOS SOCIOLÓGICOS DE LA NO- VELA	111

INTRODUCCIÓN

LOS MÉDICOS LITERATOS

Los médicos literatos

Una mal disimulada esclavitud trata de imponer la opinión pública á los médicos intelectuales: esclavitud de acendrada ignorancia, estrechamiento del campo mental, como si ellos pudieran ordenar á su cerebro: no pienses, no estudies, no observes. Un médico literato parece una incongruencia; diríase que el diploma universitario impone el analfabetismo á quien lo recibe. Es absurdo; pero la opinión pública lo exige. De allí que la aparición de HACIA LA JUSTICIA, de *Sicardi*, haya sido recibida entre las zurdas guiñadas de los literatos profesio-

nales y las maldicientes ironías de los profesionales de la medicina.

Me referían ha poco tiempo este episodio, tocante á un médico que no nombro por razones que sin dificultad se adivinan. Un cliente, de esos raros que pagan sin merma, murmuraba: — El doctor X es muy distinguido, muy competente; lástima que pierda tanto tiempo en cosas inútiles. — ¿Cómo ser? le preguntaron — ¡Qué sé yo! siempre lee libros que, según dicen, no tienen nada que ver con las enfermedades. — Era cierto. El médico imprudente tenía sobre su escritorio libros *inútiles*, de *Spencer* y de *Darwin*, el « *Facundo* » de *Sarmiento*, *Dante* y hasta las críticas musicales de *Berlioz*.

Se quiere exigir del médico que sea enteramente médico y nada más que médico, para no transgredir la constatación, ya antigua, de que son los profesionistas que están á más bajo nivel en cuanto á cultura artística y literaria. Pero la imposición es absurda y los médicos intelectuales no la

acatan, pudiendo argüir brillantemente contra sus adversarios.

Es la cuestión fundamental de la sinergia de la ciencia y el arte, que hoy ya nadie discute por ser el fenómeno artístico y el fenómeno científico dos resultantes de condiciones sociológicas determinadas. Pero como introducción á este comentario crítico, la estrecharemos al radio más modesto de las relaciones posibles entre la medicina y el arte, señalando la bilateralidad de la cuestión: la medicina en la obra de los artistas, el culto del arte entre los médicos.

De la primera se ocuparon varios escritores, buscando en la obra literaria de todos los tiempos los tipos y las escenas genuinamente médicas.

La segunda cuestión, de los médicos literatos, ó mejor, de los médicos escritores, no será inútil evocarla brevemente, en presencia de la novela de *Sicardi*.

En las aldeas no se concibe el médico literato; y si se quiere serlo es necesario

desistir del ejercicio profesional: tal hace *Goyri* en Gualeguaychú. Las ciudades de civilización elevada, que tienen una masa importante de población culta, se permiten el lujo de consentir alguna licencia al espíritu de sus médicos. En París los profesores *Debove* y *Duclaux* disertan en la Sorbona sobre crítica literaria y ponen prólogos bondadosos á los novelistas incipientes. *Íidal*, *Augier*, *Richer*, *Cazalis*, *Roger*, *Cabanés*, saben repartir su tiempo entre las cavilaciones académicas y las delectaciones literarias. *Max Nordau* distribuye por igual su talento en producciones de ciencia pura y de carácter artístico. Verdad es que está el precedente de *Charcot*, tan perito en arte como en clínica nerviosa; de *Richet* que enseña fisiología y escribe novelas interesantes; de *Claudio Bernard*, que fué dramaturgo antes que fisiólogo; de *Littre*, que tuvo la osadía de traducir el *Dante* al francés antiguo; de muchos, de cien más, que aún cuando escriben sobre medicina son siempre correctos

y atrayentes literatos. Allí es corriente que aparezca una novela ó un drama de un médico, sin que por ello se escandalice su clientela. Italia se honra con tres eximios literatos, que no deshonran, con serlo, á la medicina: *Mosso, Mantegazza, Lessona*; sin contar á tantos otros que escriben hermosamente sus libros científicos. Médico es *Wells*, lo mismo que *Conan Doyle* y *Ramón y Cajal*: como también lo fueron *Guadagnoli, Sué, Joustin* y *Rabelais, Vital Aza, Bartrina* y *Acuña*.

Mas en nuestro Buenos Aires, aldea inmensa, resulta escandaloso el que un profesor de clínica médica se pervierta escribiendo obras literarias. El hecho es considerado escandaloso en sí mismo, sin que los lapidarios investiguen si la obra es genial ó benéfica para la literatura nacional; tanto les daría que fuese funesta ó imbécil. El delito consiste en la heregía. Más aún: además de ser delito la producción literaria, está prohibido terminantemente leer páginas

hermosas, oír música, contemplar telas ó bronces. Ha pocos días, entrando al hospital con la novela de *Sicardi* bajo el brazo, me detuvieron dos colegas; me hurgaron el libro y uno de ellos, que escribe sobre bolos fecales, con sorna exclamó: «¡no te digo! ¡leyendo los geroglíficos del loco!» Yo no tuve el coraje de responderle: «Pero me guardaré de leer vuestras tonterías científicas.»

Esta doble tiranía del público y de los profesionales sólo consigue hacer abortar á los que carecen de verdaderas aptitudes artísticas. Un espíritu superior, aunque médico, resultará, necesariamente, levantisco; aún costándole de su reputación y su clientela, será artista en todo cuanto escriba, y si las imposiciones de nuestro ambiente inferior logran contener su pluma, él acabará por descubrir su cojera literaria en la simple operación de formular sus recetas de jaborandi ó calomelanos.

Tengo para mí que *Molière*—que ocupa

sitio de honor en la biblioteca de todo médico intelectual—ha debido ser médico aunque tal cosa no digan sus biógrafos. Solamente así puede explicarse su ensañamiento contra los esculapios, su empeño en demostrar que todos los médicos, por su simple condición de tales, son, necesariamente, espíritus estrechos é inferiores.

Que la mayoría lo es, no seré yo quien lo niegue; más no debe olvidarse que el poseer una mayoría de espíritus mediocres ó submediocres no es privativa de esta profesión, ocurriendo lo mismo en las demás. Y es bueno que así sea. Conviene para el ejercicio profesional diario, y para el mismo adelanto de la ciencia, que existan muchos médicos de escaso cubaje psicológico y de entendederas herméticamente cerradas á todo rumor profano. Ellos son los héroes oscuros del reparto domiciliario de la ciencia curativa, ellos las hormigas laboriosas que acumulan y analizan las materias primas en las clínicas y los laboratorios, preparando los

materiales para que llegue algún día un espíritu superior, sintético, que dé importancia é interpretación general á las pacientes investigaciones de los trabajadores modestos.

Todo está bien equilibrado en la profesión. Hay colega que no concibe el universo ni la ciencia más allá de la aplicación de oportunos enteroclismos y revulsivas ventosas; otro conoce la genealogía, las virtudes y los vicios de todas las camarillas microbianas, aún de las exóticas; éste infiere al dedillo las células que intervienen en la fisiología de un movimiento reflejo; aquél sabe diferenciar más de trescientos diagnósticos diversos entre los que comunmente llamamos granos; uno se atreve á formular los más alambicados diagnósticos, rastreando la pista de un síntoma imperceptible para el ojo inexperto de los no especialistas. Pero la mayoría de ellos carecen de una idea definida sobre el universo de que forman parte, la vida que viven, la organización social en

que actúan, el pensamiento que piensan.

Su campo de observación es reducido: el enfermo, las enfermedades. Sus medios de investigación son modestos: reactivos y microscopios, estetóscopos y rayos X.—Carecen de lo más íntimo: la introspección psicológica; de lo más amplio: la síntesis, que es la antorcha del genio.

Fuera de sus enfermos el mundo no existe. Y ríen con desprecio de los que, *además de eso*, buscan para el espíritu un deleite educativo, explorando el follaje lujurioso que cubre las ramas del árbol de la ciencia, del arte, de la vida. *Sicardi* no ignora ese desdén. Lo presiente y lo muerde con felina amargura: «Desde que escribía era incapaz de ser médico, como si observar una naturaleza ó un momento del alma humana no exigiera las mismas prerrogativas y el mismo ímpetu intelectual que la observación de los enfermos. Tal vez es mejor y conviene más perder sus noches en los garitos, embriagarse en la orgía, con tal que al día siguiente uno

sepa tomar el pulso con seriedad nigromántica. • Eso es cierto, desgraciadamente; á un médico *serio* nadie le investiga si es alcoholista, jugador, comerciante ó mujorongo; pero que el médico piense, escriba, hable, ría de los tontos, y todo el colegaje le juzga y le sentencia. *Sicardi* pone bien la cuestión: los médicos que leen y escriben, no son menos médicos si ocupan en labores intelectuales el mismo tiempo que los colegas aléxicos y agráficos dedican á distracciones menos provechosas para la cultura del espíritu.

Aparte esas elocuciones de carácter general, digamos que las piedras arrojadas por el vulgo médico y profano contra el profesor *Sicardi*, encuentran, en torno de él, un amplio blanco de médicos escritores que aseguran el éxito de su maldiestra puntería. De médicos escritores, si no una legión, hay por lo menos un grupo respetable en las letras argentinas; y si todos no resultan geniales cúlpese de ello á la escasez misma

de la genialidad entre los hombres. Son *Rawson* y *Gutiérrez*, que en solo nombrarlos está el elogio más respetuoso; *Wilde*, á quien hasta la moralidad parece habersele trocado en inteligencia, explicándose así que haya quedado sin la primera; *Ayarragaray*, que burila finas orfebrerías sobre el bruñido metal de las pasiones humanas y penetra en los abatimientos íntimos del alma gaucha; *Podestá*, que á sus hermosas páginas de otra época está por agregar una obra de aliento que incuba en el silencio, temiendo, acaso, que el descubrirla perjudique al médico que, en él, vive parasitariamente del intelectual; *Ramos Mejía*, que osa, valientemente, llevar al arte y á la historia los métodos y las doctrinas científicas que no saben aplicar los historiadores de profesión; *Goyri* que aparece repentinamente en nuestro horizonte literario para brillar como astro de magnitud con su « Ojo del sabio » y su « Tísico »; *Coni*, *Revilla* y *Gache*, que, atravesando el puente de la higiene pública,

invaden el territorio de las ciencias sociales; *Veyga* que resbala insensiblemente de la medicina á la sociología; *Cobos*, que vive bajo el íncubo invencible del altísimo arte helénico; *Piñero*, que, á velas desplegadas, se interna en el laberinto intrincado de las doctrinas psicológicas; *Decoud* que, después de brillar como cirujano, no renuncia á las letras, y se resuelve á reeditar su « Atlántida »; *Agote* y *Aráoz Alfaro*, que abordan cuestiones sociales por el sendero de la higiene infantil; *Dávison*, que alguna vez elabora páginas en que la literatura destiñe á la medicina; *Súnico*, que se engolfa en la ciencia de la educación. Y, mejor entre los mejores, *Holmberg*, que á sus muchas genialidades de literato y naturalista agrega un original menosprecio por el arte médico, que ha abandonado en buena hora. Nada diré de buenos escritores, estrictamente médicos, los *Mallo*, *Penna*, *Cantón*, *Novaro*, *Arata*, *Costa*, *Posadas*, y otros más; esos no entran, ni pujando, en las filas de los se-

miprófugos, por los que acaso sientan honda lástima, ya que no franco desprecio.

Y entre los jóvenes hay buena simiente. *Prins* ensaya una nueva manera de crítica de arte; *Calandrelli* obtiene un premio con su « Miel y Acíbar » en el concurso literario de *El País*; *Bunge*, dirige una revista de letras mientras estudia medicina. Y otros, que involuntariamente olvido. Y otros más, los vergonzantes, que disfrazan sus producciones tras prudentes pseudónimos, temerosos de ser desahuciados por la opinión pública ó de sucumbir bajo la venenosa maledicencia de los colegas.

He querido, con esta introducción, justificar y poner un marco de afines al profesor *Sicardi*, dándole la grata compañía de los que, como él, se han atrevido á expresar sus ideas y sus impresiones, sus sentimientos y sus anhelos. Al mismo tiempo, — fuera hipocresía no confesarlo, — justifico mi intervención de crítico semicientífico en asuntos literarios que, como en el caso de « HACIA LA

JUSTICIA », me interesan mucho más, (aunque se ruboricen mis colegas,) que el inocente diagnóstico de una histeria ó de una melancolía.

La crítica médico-psicológica aplicada al análisis de los tipos presentados en las obras de arte, tiene ya luminosos precedentes que la explican y justifican. *Charcot* y *Richet* estudiaron los demoníacos en el arte. *Ferri* y *Alimena* algunos personajes de Shakespeare, *Zola*, *Bourget*, *D'Annunzio*, *Ibsen*, *Tolstoy*, *Dostoyewsky*. *Lombroso* paseó su mirada psiquiátrica por las almas que se mueven en «*Germinal*» de *Zola*. *Lefort* escudriñó la íntima psicología de los personajes representados en las grandes telas clásicas. *Niceforo* analizó los degenerados y criminales del infierno dantesco. *Debove* disecó en su ironismo sublime los personajes sobresalientes de Molière. *Sighele* y *Sciamanna* algunos tipos de *D'Annunzio*. *Patrizi*, los personajes burilados por los *Goncourt*. *Nordau* en su «*Degenerescence*» estudia la

psicología de algunos tipos artísticos para inducir la morbosidad psíquica de sus autores. *Laschi* los delincuentes aristocráticos y bancarios de Lemaître, Balzac, Zola é Ibsen. *Leggiardi-Laura* y *Gräf* los protagonistas de la clásica novela de Manzoni. *Longo* los bandidos de Schiller y algunas trágicas siluetas psicológicas de Ibsen. *Geyer* somete, uno á uno, al cedazo de la crítica médica los personajes ibsenianos. *Rossi* ausculta el alma inmensa de las multitudes en la novela antigua y moderna. *Schuré* pone sobre el tapete de la psicología la lucha del sentimiento y la voluntad en los personajes de Ibsen y de Maeterlick. *Regis* estudia la locura en el arte dramático.—Mi erudición incompleta solo me permite agregar que la «Gaceta Médica», de París, dirigida por *Baudouin*, tiene una sección permanente de crítica médico-literaria en la que son analizados psicológicamente los personajes de todas las novelas y dramas que ven la luz pública en Francia. Queda así explicada.

con la labor de esos antecesores ilustres, mi intromisión con el propósito de realizar el análisis psicológico de los personajes y las multitudes de «HACIA LA JUSTICIA». Y no será de extrañar que inicie el comentario crítico con una interpretación sintética de la obra de este médico literato, cerrándolo con un breve juicio sobre los criterios sociológicos que la inspiran.

Quiero mentar, antes de engolfarme en este libro lleno de brumas siniestras y resplandores aurorales, las circunstancias, para mí inolvidables, en que conocí al autor.

Fué en la época de vagabundaje intelectual, cuando la filosofía y las ciencias sociales daban, al estudiante de medicina, más que pensar que las clínicas: algunos dicen que en esa época ha sido talentoso y que ahora es médico.—Unatar de estival llegué al hospital San Roque, buscando la sala del profesor *Sicardi*, cuyos libros viera en los escaparates. Escucharle en su lección era, para mí, un objeto de curiosidad psicológica

más bien que un deber de estudiante. Le encontré de pié junto á una cama. El enfermo — le tengo aún fijo en la retina — era un joven melancólico y flaco de carnes. Pálido, bajo la gran túnica de su palidez mate, como de cera virgen, escuchaba con interés su propio diagnóstico.

Los grandes ojos castaños, lucientes bajo el arco tremolante de las pestañas y perdidos en la profundidad de sus órbitas ahuecadas por la caquexia, parecían querer descubrir en la intimidad de nuestros cerebros la confirmación de una sentencia que él suponía inexorable. Los grandes ojos castaños se movían con languidez, como una caricia tierna, bajo la vasta frente humedecida por acres sudores, pareciendo arquearse tras la leve pirueta de un mechón travieso que ornaba su desconsoladora fisonomía de moribundo.

Sicardi hablaba; hablaba con apasionamiento y, al revés de tantos profesores, parecía estar convencido de cuanto decía.

Me produjo la impresión de un creyente, de un sacerdote, de una pitonisa. La de un médico, no.

Para conocerle mejor, al retirarnos, *Bunge* y yo, nos le acercamos so pretexto de pedirle explicaciones médicas.

Ya era otro. En un minuto varió el tema. *Sicardi* soñaba con la guerra á Chile, mientras nosotros teníamos el buen lirismo de la paz internacional. Reñimos. El profesor de clínica—tolerando mal nuestra argumentación atrevida—nos gritó, por fin, que él era autor de tres tomos del «Libro Extraño», siendo su libro la mejor obra de la literatura nacional. Luego, con un autoritarismo que no dejaba de ser cariñoso, nos despidió con esta amonestación:

—Y no olviden que para discutir conmigo se necesitan muchas luces ¡porque si ustedes tienen talento, yo les aseguro que tengo más que los dos juntos!

Bunge y yo nos miramos, contentísimos de haber descubierto un profesor original,

que de tan curiosa manera terminaba sus lecciones de clínica médica. Leímos el «Libro Extraño» y quedamos convencidos del talento de *Sicardi*; convencidos para siempre.

.....

Nadie volvió á recordar, para nada, al caso de la lección, al tísico moribundo que, mientras discutíamos, se apagó para siempre, como un doloroso lampadario humano oscilante en el templo sin oxígeno de la ciencia.

I.

LA OBRA TOTAL DE SICARDI

La obra total de Sicardi

La crítica no ha encontrado todavía un adjetivo que pueda definir, precisamente, la extrañísima erupción de Arte y de Vida que es ese «Libro Extraño», cuya última lava ha volcado *Sicardi* en el molde tumultuoso de «Hacia la Justicia»: Pocos críticos han sabido ponderar su talento original. Muchos diletantes y criticastros confiesan que no le entienden; algunos, sin ser ironistas, declaran haberle entendido en demasía. La verdad es

que un solo juicio no puede referirse á todo el escritor, que es genial por momentos y, tal cual vez, indefinido y hasta ingenuo. Al lado de psicologías palpitantes de intensa vida artística, que se dirían surgidas bajo un escarpelo miguelangelesco, se mueven algunas almas gelatinosas, figuran borradas, de contornos indecisos, cual si fueran muñecos de muestra industrial descoloridos por las influencias atmosféricas. En muchas descripciones la paleta fantasista parece haber derrochado matices de una deslumbradora vividez. Gammas complejas de olores son percibidos incesantemente, como emanación vigorosa y fecunda de una naturaleza en pleno exceso de orgiástica vitalidad. Y en todas partes, momento tras momento,

el oído alerta de *Sicardi* ausculta y analiza los complejos torbellinos de sonidos que, en algunas páginas, adquieren proporciones de ensordecedora avalancha de polifonías. Pero la intensidad de la sensación no es uniforme; como caídas entre las páginas hermosas, se descubren algunas pinceladas de modesto blanqueador que parece ocuparse de su tarea al acorde de vulgares sonoridades de organillo suburbano. *Sicardi* es desigual como las almas complicadas que describe, desenfrenado como sus chusmas en furor de rebeldía.

Sabe que la perfección, para cerebros como el suyo, es «una gloriosa megalomanía». Diríase el presentimiento inconsciente de que lo bueno y lo mediocre de su obra son una

resultante: en nuestro medio y en nuestro tiempo, *Sicardi*, siendo como es, no podía escribir un libro distinto del que ha escrito. Su obra es un exponente; tiene todos los rastros del atavismo pampa y de la montonera gaucha, todas las indecisiones del advenimiento burgués, todos los sentimientos de esa dolorosa conflagración social que entre nosotros comienza á mostrar los pródromos de su incubación.

En el ciclo del «Libro Extraño» se refleja toda una interpretación de nuestra vida nacional, vista desde el momento presente. En su concepción encuentro á *Sicardi* parangonable con *Zola* en la suya de «Los Rougón», «Las Tres Villas» y «Los Evangelios». *Sicardi* es *Zola* de Buenos Aires;

Zola es *Sicardi* de París. Conste que no los digo iguales. El genio — y esto ya va siendo cursi — es un producto social, la síntesis científica, artística ó activa de una época en un cerebro superior; de allí que la diferencia entre el novelista de Buenos Aires y el de París equivalga al desnivel no pequeño que existe entre la mentalidad de uno y otro ambiente.

Zola supo reflejar en el ciclo gigantesco de sus producciones todo el momento sociológico, moderno y contemporáneo, de la civilización en cuyo seno vivió. Hubo en su obra una parte de análisis destructivo y otra de reconstrucción positiva. En la primera la sociedad moderna fué disecada con finísima intuición sociológica, analizándose las condiciones determinan-

tes de los diversos fenómenos sociales. Y sobre ese escenario el artista demolidor hizo mover y palpar todos los tipos psicológicos que resbalan á las formas antisociales de la lucha por la vida, ya sean los delincuentes pasionales como Teresa Raquin, ya los amoraes congénitos como Jacques Lantier. La segunda parte, que ha quedado incompleta, se inicia con las Tres Villas, en que se estudian tres grandes fases de la vida contemporánea, continuándose en los Evangelios; éstos expresan una vasta profecía, edificada sobre los vicios y las miserias de la presente organización social, marcando rumbos, estimulando esfuerzos hacia una elevación del bienestar de las chusmas miserables. Y sobre el escenario de los Evangelios actúan los personajes

de regeneración, sanos, fecundos, laboriosos, justos, cuya biblia sintetizarse puede en las cuatro palabras simbólicas: Fecundidad, Trabajo, Verdad, Justicia .

Sicardi en la serie de su « Libro Extraño » ha procurado realizar una obra semejante. En su génesis y desarrollo el libro es una crítica de nuestra evolución sociológica y un análisis de la sociabilidad argentina presente; y no se diga que, con frecuencia, no la ha apuñaleado con sangrientas heridas, tan crueles, por lo menos, como las que asestara *Zola* en las más formidables páginas de « L' Argent », « La Bestia Humana », y « L' Assommoir ».

Todos los personajes de *Sicardi* son vividos y observados; se encadenan entre sí, nacen los unos de los otros,

transmitiéndose sus virtudes, sus vicios, sus degeneraciones, en esa misma inviolable continuidad de la herencia psicológica que domina toda la grey humana movida por *Zola*. Y los recién venidos, los de «Hacia la Justicia», no escapan á la ley; Méndez, Germán, Goga, Lola, Elbio, son los descendientes espirituales de sus antepasados. Las más geniales figuras de *Zola* son hermanas de estos grandes tipos diseñados por Sicardi; Genaro, Paloche, Méndez, Germán, Dolores, pueden rastrearse en las páginas del maestro de Medan. Las figuras secundarias no escaparían al parangón detenido. El mismo Martín Errécar me parece primo carnal de Mateo; ambos están empeñados en la tarea de fabricar buenos hijos que sean los hom-

bres modelos del porvenir.

Verdad es que, con Mateo, la suerte es más prolífica que con Martín; pero de ello, más que culpar á la buena intención de ambos, podría achacarse á la diversa fecundidad de sus esposas

El engranaje de herencia degenerativa de sus Rougón, *Zola* lo había estudiado en el libro científico de *Lucas Sicardi*, más intuitivo que científico, lo ha desarrollado en sus personajes por simple ocurrencia ó adivinación consciente: «Así se consigna que la historia de las familias sea un libro sin páginas rotas, ni capítulos manchados, puesto que lo que escriben los hijos tiene siempre algo que fué del padre, la trama ó el estilo, y muchas cosas del alma».

Eso dice de sus hombres. En otra parte agrega, hablando del libro: «un borbotón de palabras, de cuadros, de olores y de sonidos; una zinguizarra brutal de la mente calcinada como un volcán, un hervidero de escorias y de metales, un vértigo de creación en que fueron lanzadas al estadio cuatro familias de psicópatas, suicidas como Carlos Méndez, homicidas como Genaro, locos morales como Valverde, megalómanos, perseguidos y místicos como la familia de don Manuel de Paloche».

Los personajes correspondientes á los evangélicos de Zola son los que surgen, pálidamente, en «Hacia la justicia», sobreviviendo á sus camaradas. El tronco es el de Martín Errécar; el matrimonio de Elbio y Angélica señala el rumbo para la sana y vigo-

rosa progenie de los regeneradores.

Y si fuéramos á buscar la verosimilitud literaria de nuestro parangón, nos bastaría subrayar estas hermosas palabras del mismo *Sicardi*, que en otras manos serían un programa, la iniciación de una tendencia entre nosotros. «Tengo para mí que para llegar á la perfección los poetas debieran tragar el humus de los campos, llenarse la boca del barro fecundo y escupirlo á chorros sobre las páginas. Así crearían la selva, la maleza, la covacha de la fiera y el nido, y debieran pedirle al éter los colores, á los astros las corolas luminosas y al océano el misterioso idioma de las mareas, el zumbir de las borrascas y la tranquila y solemne elocuencia de las calmas. De esa manera la estrofa

estaría llena de la ansiosa vitalidad de la Naturaleza. Sería la verdad y sería lo digno.»

En suma, la obra de Sicardi involucra una concepción sintética de nuestro dinamismo sociológico, reflejando á todo un pueblo en las horas culminantes de su evolución; para el ambiente y el tiempo que vivimos es semejante á la obra de Zola.—Dicho sea sin olvidar que la analogía entre ambos escritores está subordinada á la desigualdad histórica y social de los ambientes que han observado y en que han vivido.

II.

PSICOPATOLOGÍA ARTÍSTICA

Sicardi ha sabido infundir en algunos de sus personajes una vida intensa y palpitante, verdadero derroche de acciones y pasiones. En «Hacia la justicia» las páginas psicológicas paralizan la atención del lector y del crítico. Son sentimentalismos venenosos ó místicos, idealismos demoledores ó rosacrucianos, brazos que arrojan la bomba ó levantan el crucifijo, y turbas de alma ardiente como el incendio,

ruidosa como la tromba, arrebatada como el huracán. Observemos.

GERMÁN

Un invierno. Con él han venido la miseria y la desolación al suburbio, donde se agitan las chusmas bajo el harapo mugriento. Sobreviene la inundación que todo lo arrasa, hasta que huyen los obreros de sus chozas, en una noche de ensambladura trágica. Y mientras emigra la plebe, dejando en la fuga la catástrofe á la espalda, rumbo á la desesperanza, resuena en la tiniebla la voz profética y amenazadora de *Germán*, que llama á la rebelión, grita la venganza del pobre contra el rico, esparciendo la simiente

desoladora del exterminio. Un relámpago la interrumpe. A su eclosión luminosa se ve brillar en sus manos un tubo de bronce, y cuando hace ademán de arrojarlo en medio del tropel, muchos retroceden en fuga, precipitadamente. Es una bomba de dinamita.

Germán, como encarnación del «mcneur» anarquista es un tipo psicológico perfecto. *Hamón*, que ha escrito un largo libro sobre la «psicología del anarquista», tendría mucho que aprender si analizara este personaje de *Sicardi*. Un individuo, considerado psicológicamente, es la resultante de su herencia psicológica y de las sugerencias que recibe constantemente del medio en que vive, las que constituyen su educación. Y bien, la he-

rencia de Germán es la matriz perfecta para hacer germinar la venenosa floración sectaria del anarquismo dinamitero. Su padre es Valverde, sujeto ultrainfame, con ausencia congénita del sentido moral, que vive resbalando á cada paso en la ciénaga tenebrosa de todos los delitos. ¿Su madre?—Misterio. El dinamitero debía ser hijo de un amor ilegal, si no de un fugaz capricho de la sensualidad excitada por alguna orgía de prostíbulo. Sobre esa materia prima viene la educación funesta. Se inicia sin control doméstico, al azar, como grano de arena que el destino echa á rodar desde el pico nevado de una alta cumbre; y así rueda por la falda escarpada de la vida, entre una educación jesuítica que le repugna, viendo

infamias, oyendo denuestos, sugestionándose por lecturas corrosivas, hasta que recibe el testamento de su padre, verdadera biblia del mal, que precipita de una vez esa mente degenerada. Y va rodando por la abrupta cuesta, aumentando su magnitud, adquiriendo contornos de pavorosa avalancha que arrasa, al pasar, todos los sentimientos de moral, de solidaridad social, y engendra un anarquismo que no es piedad por el pobre sino venganza contra el rico, que no es proclamación sino alarido, que no es regeneración sino apocalíptico derrumbamiento.

Y cae al abismo. Se va tras una prostituta, una pobre loca moral como él, síntesis de todos los odios torpes y de todas las infamias urticantes,

orquídea venenosa, y con ella se lanza á propagar la huelga, la rebeldía, la devastación.

Como tipo artístico del genio destructor, Germán es magnífico. En ciertos instantes parece que en torno de su cabeza loca brillara una aureola de humo rojizo y caliginoso, como si su busto se irguiera, amenazador, sobre el fondo de un incendio de petróleo. Pero ese salvagismo sublime carece de solemnidad: porque el genio de la destrucción debe ser siniestramente solemne. Y dígalo si no la tela sensacional de *Schneider*, «el anarquista», en que un bello hombre, de virilidad soberbia, se prepara á arrojar, con gesto casi sacerdotal, una bomba humeante á los piés de los ídolos. El bello gesto es la disculpa artística del

destructor; Nerón citarista ante el incendio, por ejemplo; ó aquel otro bello gesto que tan felizmente elogiara *Laurent Tailhade* cuando aún vibraba el estampido de la bomba de Henry Vaillant.

Este elogio al anarquista de la obra de arte requiere una salvedad. En la vida real no hay un solo sectario que se le parezca. Germán es una síntesis psicológica, no un tipo psicológico verdadero; es el anarquista como debiera ser, no como es. Más parece símbolo que retrato, encarnación del anarquismo que expresión del anarquista.

Y hablo, tocante á esto, con la autoridad que puede darme el conocer personalmente á casi todos los anarquistas que han pisado Buenos Aires,

desde los intelectuales Malatesta y Gori hasta la última canalla carcelaria que se titula anarquista. En algunos la anarquía es una expresión de misticismo antisocial, ilustrado á veces, y hasta recubierto de vestidura científica más tarde, cuando se quiere disimular bajo manto positivo el embrión metafísico y sentimental de la profesión de fe primitiva; en otros casos es simple vanidad, apego á la posa, vértigo del aplauso embriagador y de la fácil popularidad; no faltan los literatos, en quienes la doctrina comienza por ser un bello gesto anti-burgués, siendo grave el peligro de que la sugestión sectaria ahogue toda originalidad estética en el artista que le rinde homenaje; muchos, por fin, son simples degenerados, en quienes

la herencia mórbida se asocia á la miseria, la ignorancia, el alcoholismo, la pobreza fisiológica, todo, para engendrar un espectro de agitador, tanto más fanático y peligroso cuanto mayor es su inferioridad mental. Son cuatro tipos diversos de agitadores, de «*me-neurs*», que sirven de levadura, de fermento para convulsionar la chusma ya predispuesta por la ignorancia y la miseria.

El Germán de *Sicardi* sintetiza todos los tipos, aunque con predominio del último, porque es ante todo un degenerado, y, de una manera negativa, un degenerado superior. Ha leído mucho y malo, ha meditado en las horas dolorosas de su infancia sin que la caricia tierna de una madre amorosa pusiera en su alma pensamientos bon-

dadosos. Y, por fin, encuentra su otra media naranja psicológica en Goga, con la que le veremos realizar la perfecta pareja criminal, resbalando vertiginosamente por la pendiente del «delito de dos» hasta los horrores del asesinato y del incendio.

Germán es lógico y muere como nació y como ha vivido. La tuberculosis le mina, implacablemente, el organismo desde la infancia; mientras la sugestión sectaria da vuelcos á su razón, la vida, locamente crápulosa, le despedaza los pulmones. Una vez llegado á la acción el organismo enfermo le traiciona; cae, el hospital le acoge, y, ante la hermana de caridad que le asiste en su agonía, el delirio le asalta, las alucinaciones le estremecen, dejan de ser palabras las suyas para conver-

tirse en estridentes blasfemias. «No continuó más, porque un chorro de sangre caliente saltó de su boca y fué á manchar la toca blanca de la monja. Luego la cara se contrajo en un trismus diabólico y un poco de espuma enrojeció sus labios. Germán Valverde se había quedado quieto y atónito con las pupilas dilatadas. Había muerto, en medio de un silencio de sepulcro!...»

GOGA

Flor de manicomio, orquídea de lodazal, corola extraña que entre sus encantos cromógenos anida pólen pestífero y explosivo, tal es *Goga*. Germán la conoce por casualidad. Ella regresa de alguna orgía infame ó se

levanta de mercimoniar su belleza prematuramente marchita. Un indigno, su primer seductor, pretende que ella le siga y la violenta. Germán, que todo observa desde la ventana en que rumia sus sombríos pesimismo, se indigna, clama, la defiende con el gesto y con el grito. Goga, libertada del violentador, dirige hacia él sus ojos húmedos, de inenarrable dulzura, y con su voz de sibila: «Te agradezco. Has tenido lástima de esta pobre basura. Con todos, pero con él nunca. ¡Adiós!»

El degenerado Germán Valverde tenía que sentirse violentamente seducido por ese hermoso fango de mujer; atracción psicológica inevitable entre los espíritus enfermos de rencor, de venganza, de odio. Criminal y pros-

tituta son sinónimos de acero é imán; si se acercan se juntan. Esta verdad que presumieron los psicólogos-artistas fué sancionada por la ciencia, inspirando la noción de la « pareja delincuente », que tan hermosas páginas mereció de *Sighele*, *Tarde* y otros. Pero en Germán y Goga hay más, si cabe; no van al delito colectivo por sugestión del uno sobre el otro, sino por multiplicación recíproca de sus odios en el roce constante de sus almas intensamente degeneradas.

Mujeres anarquistas como Goga no hay. Las petroleras de la Comuna de París, que incendiaban cantando la *Carmañola*, son invención ó leyenda. La misma Luisa Michel es una histérica que entre sus muchos amantes tuvo uno anarquista que la vinculó

al ambiente sectario; cuando perdió su compañero era ya tarde para emanciparse de las sugerencias de la secta. Por otra parte la Michel es feísima, á tal punto que no podría prostituirse si lo quisiera; y casi dan ganas de suponer que siempre ha sido vieja: vieja y fea de nacimiento. Goga, en cambio, es muy hermosa, lo suficiente para seducir y arrastrar *d'emblée*. Es un filtro de vicios supremos, un hervidero de todas las lascivias; es sangrienta y asquerosamente bella.

Se hace anarquista por seguir á Germán, que, en cuanto á anarquismo, es el *incubo* de la pareja. Y rueda en el torbellino de la propaganda, enturbiando almas, enlodando conciencias, sobornando voluntades, envenenando corazones.

Tiene todas las fallas de una mente histérica; no es firme en el delito, como no lo sería en la virtud si fuera honesta. En una de sus jiras de propaganda se encuentra con Dolores. La entrevista se inicia con la superposición de Goga, que discurre de la infamia social que pierde á las mujeres pobres, matizando su elocución mediante soeces invectivas. Pero Dolores consigue hacerse escuchar; la piedad vence al odio, la virtud al vicio, la caricia al rasguño. Y en Goga se produce una saludable sacudida psicológica, que solo se explica tan repentina en su cerebro de histérica. El paréntesis es breve: « Germán la esperaba para entregarla de nuevo al lodazal..... y ella, la lujuriosa, cayó esa misma noche con su cuerpo des-

nudo, de posada en posada, anhelando el abrazo de todos los vampiros, sin saciarse jamás, sombría y ávida de limo, como la flor de la ciénaga.....»

Y del pantano de la Sensualidad, Germán la arrastra de nuevo á la hoguera de la Revolución. Reaparece al frente de las muchachas en huelga, las muchachas esqueletosas y anémicas, lentamente asesinadas en el taller obscuro y sin oxígeno. Es esa una página superior. No se comenta, no se califica; se lee una vez, y otra, y diez más, y se la encuentra de tal verdad en la crítica social, de tan justa ferocidad en la conducta de las rebeladas, que hasta parece injusto condenar sus fechorías!.....

Goga sintetiza el alma de la multitud femenina, que en el delito sobre-

puja la ferocidad del hombre, como *Ferrero* y *Lombroso* pusieron de relieve, como señaló *Sighele* en la multitud delincuente, como *Zola* pintó las mujeres infames de la multitud de *Germinial*. Ebria de sugestión colectiva, hostigada por su vida de precipicio, es hetaira y bacante de la chusma rebelde; y canta, canta estrofas extraordinariamente siniestras, mientras los secretarios de Germán se baten con los soldados y una batahola de blasfemias y de gritos saluda su último verso.

Ese mismo desborde de actividad psíquica irrita su corteza cerebral y en misteriosas asociaciones celulares la invaden las walkirias del delirio. Mientras la chusma la aclama ella sufre un vuelco psicológico, grita «¡Dolores! ¡Jesús!» y echa á correr, locamente,

á saltos, como una bacante borracha. Es el delirio histérico que surge en la ninfómana y la arrastra hacia sus enemigos de ayer, á prevenirles que se salven, á custodiar su puerta contra el aquilón de la ciega multitud que todo lo arrasa y que pretende coronar su obra con las cabezas de los Méndez. Y allí, en la puerta, clavada como una mártir sobre el leño de la crucifixión, Goga espera á las turbas de Germán, y les disputa el paso, y les niega el acceso, y se aplasta más y más contra la puerta, mientras las hachas siguen astillándola. « Entonces hubo como un relámpago. La daga había fulgurado, de arriba abajo, en la mano de Germán. Se sintió un crac. Era la punta que había penetrado en la madera, pasando á través de las

costillas de Goga, y cuando los otros creyeron que iba á herirla de nuevo, vieron que él tambaleaba como un borracho, pálido de cera, y que de su boca saltaba una oleada de sangre caliente. El pulmón tuberculoso se había hecho pedazos y había dado en tierra con su cuerpo patibulario. Entonces hubo un agitado remolino; se atropellaron los forajidos los unos sobre los otros; arrojaron las hachas y huyeron en una fuga pavorosa para perderse en las sombras. Y seguían huyendo con una carrera de fantasmas, como flagelados por la lubricidad del delito, mientras los soldados disparaban sus fusiles en las tinieblas. Cuando Goga sintió el frío del cuchillo, dió un grito y bajó la cabeza.... y empezó á resbalar hacia abajo sobre el filo de

la daga. Después no supo más ».

Los Méndez la recogen, la asisten, la consuelan en su hora de adiós. Goga, renegando su pasado de gloria siniestra, se deja morir como cualquier mujerzuela arrepentida, fácilmente conquistada para una fe que no podía comprender, ni siquiera presumir. Para estos flaqueos psicológicos el análisis científico solo puede hallar disculpa en su inestabilidad mental de histérica y en los fenómenos delirantes que siguen á su agitación mental de la angustiosa hora de las rebeliones.

MÉNDEZ

Ricardo Méndez, dicho sea con franqueza, deja la impresión de un pobre

diablo, sin perfil, sin colorido, un protoplasma humano que no asume formas ni caracteres propios, humilde asiduo de sacristías, sin mayor arte ni parte en el desenvolvimiento de la acción; sin Méndez la novela correría lo mismo. Después de Germán, síntesis del mal, sectario del exterminio, cumbre de odio y de felinidad, se tenía algún derecho de esperar un San Francisco de Asís, un enfermo de misticismo, un estilita de la contemplación, un cruzado hierosolimitano, inflamado en el más ardiente incendio de fe que pueda abrasar el alma humana.

Méndez no es así, no es síntesis; es un personaje vulgar en las filas del socialismo católico, uno de tantos presidentes de círculo. Y no se diga que

el tipo del católico no se presta al desarrollo artístico como el tipo del anarquista. Nombré á San Francisco de Asís, y podría nombrar á Pedro el Ermitaño, á Tomás de Torquemada, al rey San Luís; un hombre-síntesis, un personaje simbólico, no debe ni puede ser un modesto gregario de la Idea. Se deduce que las mismas razones que obligan á reconocer literariamente óptimo el tipo de Germán, imponen declarar insuficiente á este Ricardo Méndez, falta de genio en la virtud, desprovisto de intensidad en la acción, que no llega á ser el vendabal de fe y de piedad que es necesario oponer á la avalancha de rebeldes hambrientos que amenaza demoler el escenario del drama. No es siquiera el Pedro Froment de Lourdes. Nada.

Interviene poco en la acción; entra y sale obedeciendo al traspunte, perdiéndose entre bastidores sin que al público le despierte interés ni simpatía.

Artística y psicológicamente no existe en « Hacia la Justicia ».

DOLORES

Mármol severamente esculpido por un maestro de la estatuaria religiosa, tallado por mano creyente, clásico, sin atrevimientos rodinianos, sin osadías de gesto, de ritmo, de alma, tal es, psicológicamente, Dolores: símbolo hagiográfico de la Caridad cristiana.

No puede hacérsele, frente á Goga, la objeción que á Méndez frente á

Germán. Sería bello, es cierto, un tipo de mística batalladora ó claustral, Juana de Arco ó Teresa de Jesús, con sus clarobseuros psicológicos, deslizándose por el fanatismo alucinatorio, con crisis de éxtasis, altruismos patológicos, capaz de hermosos absurdos de poseída medioeval, con estigmas, tal como vivieron en el crepúsculo de la era demoníaca.

No es dudoso que un bello contraste nacería de un tipo semejante, frente á frente de Goga, oponiendo una fe única á su depravación también única. Sería más dramático, más emocionante, más estético quizá. Pero tal como surge de toda la obra y como se remata en « Hacia la justicia » la silueta psicológica de Dolores me parece meridianamente magnífica. Y ya que no

ostenta facetas mórbidas en el prisma de su alma, ya que su gesto es siempre parco y mesurado, como si la piedad lo hubiera tallado en blanquísimo Paros, debemos admirar su verbo evangélico, y su mirada dulce, y su caricia blanda, y su consuelo penetrante como luz de aureola en las tenebrosidades de las almas perdidas por el vicio.

Siempre es digna. Lleva modestamente el consuelo y el socorro á los menesterosos que de ellos necesitan; da sin mortificar, aconseja sin ofender, conquista sin combatir. Corre por el suburbio en busca de una lágrima enjugable, de una desnudez que cubrir, de un desvarío que evitar. Así llega á una choza donde un anciano se apaga en la miseria. Goga la ha precedido y trabaja con ansiedad de vampiro en

la perversión de una huérfana: reconoce á Dolores, insulta en ella al cristianismo, á la caridad; la acosa á insolencias, la deprime, la babosea. Y Dolores, serenamente muda, como quien tiene la conciencia de una alta misión que cumplir, escucha. « Goga hablaba con la cabeza echada para atrás y el cuerpo erguido. Sus narices se dilataban en ese himno de odios y de venganzas. Una luz fría iluminaba el azul de sus ojos. Dolores la miró con tristeza y se acercó á ella, y suavemente le contestó con voz llena de humana pena: -- Cuánto mal le habrán hecho los hombres, no es verdad, señora? Qué culpables son! Por qué pierden estas divinas hermosuras? agregó Dolores levantando las manos al cielo como si rezara, por qué las

arrebatan á Dios? Venga, Goga. Cál-mese. Siéntese aquí. -- Acercó una silla. Goga le dirigió una extraña mirada y se sentó ».

Es la evocación de una escena de fakir indostánico encantador de serpientes! Dolores semeja una maravillosa telaraña psicológica que en las mallas delicadas de su piadoso tejido aprisiona al más venenoso de los insectos!...

Y ese contraste entre ambas se mantiene vivo, interesante, en todo el desarrollo de la acción novelesca. En la estación, cuando la multitud de peregrinas se extremece al aparecer de la incendiaria, Lola, siempre magnánima, va hacia ella, la consuela, abre en su alma una grieta á la esperanza. Y la seducción se completa.

Goga, convertida por el amor, y gracias á su locura, pasa de uno á otro extremo psicológico, hasta inmolarsé para salvar á la familia de su ángel bienhechor, pagando con su sangre la redención de su espíritu, y muriendo, luego, en brazos de los que fueron sus más odiados enemigos.

Como símbolo de la caridad, Dolores es irreprochable. Esa misma es la causa de su ineficacia sobre la acción total de las masas: porque la Caridad es impotente. No previene el mal, lo repara. Va hacia la enmienda de los efectos pero no corrige las causas, que son hondas, muy hondas. La cuestión social no se resuelve con eso. No se trata de dar un mendrugo al que muere de hambre, sino de evitar que el hambre arrecie entre los que trabajan.

ELBIO

Y ante Goga moribunda, *Sicardi* prepara la necesidad psicológica de su nuevo personaje, símbolo de la regeneración por el eclecticismo.

Dolores ha convertido á Goga agonizante. Elbio, el joven médico hijo de Martín Errécar, sale á la calle y Ricardo Méndez así le dialoga:

« — Y? — Mal, contestó Elbio. — Tanta mala vida, pues! No es cristiana. Cómo la va á salvar Dios, agregó Ricardo. — No es eso, Ricardo. — Jamás se ha confesado, Elbio. — No hace falta eso. — Ni ha rezado, ni conoce á Dios, ni es cristiana. — No hace falta. No hace falta. repitió el médico. — Y sobre todo, es preciso

cuidar á Angélica, agregó Ricardo. Yo ayer no me dí cuenta, pero la reflexión ha venido. Cómo podemos consentir que se manche de esta manera toda nuestra tradición. Si cura, cómo va á vivir con nosotros? Es imposible!»

Así presenta Sicardi, en su desnudez ingrata, al sectarismo negro, más odioso y violento que el sectarismo rojo, sin tener siquiera la piadosa ecuanimidad impuesta por la muerte que se filtra sordamente en las carnes de la mujer impía!...

De allí nace Elbio. «Es claro, rompió Elbio impetuosamente, es claro! Jesús perdonaba, pero ustedes lo han perfeccionado y ya no perdonan! Son muy rígidos ustedes! Sabes tú lo que exhala ese pobre cuerpo,

sabes tú lo que exige esa alma, quebrada injustamente por la miseria y el abandono? ¿Callas, nó? No ves que lo que exige es la compasión infinita, son todos los perdones, no ves que es moribunda? Lo que yo observo es que, cuanto más sectarios son ustedes, resultan menos cristianos!»

Para su misión de solucionador Elbio necesitaba ser hijo de Martín Errécar, el viejo sano y laborioso, el obrero de ayer que ha llegado á tener su buen pasar y á enaltecer el apellido con el indispensable doctorado filial; un pequeño burgués, que sin ser reaccionario no ha pensado mucho en las posibilidades de una transmutación social. Elbio, en realidad, queda profetizado en las pocas palabras de su padre á

Méndez:— « Esto no anda, esto no anda! Ustedes rezan demasiado y trabajan poco, los anarquistas son holgazanes y obedecen á malos predicadores » .

Elbio es un afrodita de la moralidad y de la acción. Es lo que podría titularse un « socialista vergonzante » . Quiere el socialismo, nada más, nada menos ; lo reconoce bueno y necesario, sabe que es inevitable, pero desea que venga gradualmente, sin sobresaltos, por lisis y no por crisis. Pero, más que todo, se empeña en que no le llamen socialista, y hasta se dice enemigo del socialismo, siendo un simple « evolutivo y posibilista » como son hoy los sociólogos ilustrados de todos los países.

Aunque pocos, Elbio tiene momentos felices.

La multitud, después de cavar la fosa y abrir con dinamita la cloaca que le servirá de oprobiosa sepultura, se apresta á arrojar en ella á una vieja proxeneta .

En medio de la náusea inmunda, entre el hedor gangrenoso de aquel ambiente, cuatro bandidos levantan su cuerpo y marchan hacia el pantano. De pronto un hombre atraviesa el paso á la vasta chusma criminal, y con el gesto, con la mirada resplandeciente, con la palabra sugestivamente dominadora, detiene el crimen, suspende el afrentoso martirio: es Elbio. La multitud se agrieta, se contuerce, se disloca; hay una reacción repentina y un soplo de sensatez orea las mil cabezas que se confunden en el alma de esa multitud inconscientemente arras-

trada al delito por la sugestión de Germán el incendiario.

Pocos minutos después, cuando el grupo anarquista se luxa y se separa, queriendo correr tras la ebria ansiedad de sangre y de incendio, Elbio dice un discurso, tan exacto como vulgar, en el que expone los principios del socialismo de Estado, ora dirigiéndose á los ricos, ora á los menesterosos, discurso que, en forma menos literaria, se encuentra en los folletos de propaganda de los clubs socialistas. Su palabra es reposada, justa, casi elocuente. Las masas le aplauden y el tribuno queda convertido en jefe de los trabajadores libres, que proceden, bajo su dirección, á solucionar *ipso facto* la cuestión social....

Ya veremos cuan inexactas son es-

tas ilusiones sociológicas que *Sicardi* cristaliza en la psicología de su Elbio; ilusiones que solo pueden germinar en un cerebro que no ha estudiado los problemas sociales que intenta resolver.

PSICOLOGÍA DE LAS MULTITUDES

Psicología de las multitudes

La psicología de las multitudes, cuyo estudio científico data apenas de pocos lustros, fué en todos los tiempos vigorosamente intuída por los artistas más geniales. Sin hacer una excursión por las obras de los escritores clásicos, señalaremos, al pasar, cómo acuden al recuerdo, los tres tipos más diversos de multitud que han sido encarnados en la literatura.

Ya son multitudes tumultuosas, co-

mo las de mercenarios que esculpe y anima *Flaubert* en su « *Salambô* »; ya es la multitud normal, como *Hugo* la describe en los comienzos de « *Nôtre Dame de París* »; ya, por fin, es la multitud blanda, informe, como en « *El Fuego* » la pone *D'Annunzio* ante su *Stelio Effrena*, para que él sea su evocador, su animador.

Sinckiewics, en su « *Quo Vadis?* », exhibe también diversos bocetos de psicología colectiva: por una parte las multitudes paganas, teniendo por « meneur » á *Nerón*, esteta, citarista, incendiario, frente á la secta cristiana con sus tres « meneurs » heterogéneos: *Pablo*, el mensajero; *Pedro*, el bondadoso; *Crispo*, el agresivo.

Pero nadie mejor que *Zola* ha sabido animar las multitudes bajo el

soplo del arte. Le vemos exhibiendo en « *Germinal* » las pasiones desenfrenadas de la multitud delincuente; en la « *Debàcle* » hace palpitar la vida de esa forma especial de multitud que es el ejército en acción; en « *Lourdes* » nos conduce á contemplar el pío desfile de las multitudes de afligidos y creyentes.

Sicardi ha sido, indudablemente, feliz en la descripción de esas almas colectivas. Su turba anarquista evoca á la de « *Germinal* »; la de sus católicos invita á recordar las páginas magistrales de « *Lourdes* ». No temo exceder en el elogio de su psicología artística confesando que, en ciertos momentos, la multitud roja de *Sicardi* me ha parecido tan llena de intensa vida como

las mejores hasta hoy pintadas por los maestros.

La primera multitud se mueve sobre el escenario de la inundación. Es originalmente sorda y silenciosa, legión de vencidos, de harapos humanos perseguidos por las aguas que anegan sus chozas miserables. Marchan en la noche, invisibles, presentidos más bien que descubiertos: Solo la mansedumbre de los Errécar y el gesto dinamitero de Germán caen, como gotas de laca, sobre el cuadro brumoso en que se mueve la multitud amorfa y anodina.

Esa es la masa inerte, indefinida todavía. Sobre ella actúan, en seguida, los sugestionadores, los caudillos. Germán y Goga esparcen la simiente de la rebelión, los Méndez la del misti-

cismo. Y la masa se organiza, se define, las sectas se forman, engranaje complicado de sugerencias cada vez más complejas, llegando á la acción, al choque, al delito, al exterminio.

En plena palpitación de huelga predica Germán su credo, disecando ante su chusma ignorante las injusticias sociales. «Para qué van á rezar? Los obreros no tienen primaveras. La indigencia les ha arrancado el corazón y no los suelta. Dios cuida la casa rica, que regala altares, cirios y custodias; luego los pobres usan la blasfemia y el sarcasmo, lanzándose á la calle con la protesta. Llenan calles y plazas, acariciando la huelga. Germán guía á la muchedumbre. Habla al pueblo.

« Son frases crueles. Hieren. Es el

eterno ritornelo que los hace estremecer de miedo, y sobre su banco, en la gran plaza de la ciudad, á la caída de la tarde, entre los rayos del sol tibio, que se hundía en la Pampa, mientras los árboles brotan y los pájaros gorjean, la figura del anarquista tenía la apocalíptica grandeza de un fantasma ». El escenario necesita nuevos personajes, nuevas comparsas.

Llega la turba de mujeres en desorden, con clamores de tumulto : son las cigarreras enfermas de nicotina, acandilladas por Goga ebria. Los dos « meneurs », el íncubo y la súcubo de esa pareja criminal, se azuzan, se aguijonean con la espuela estimulante del insulto. Entonces la turba se desenfrena, y, semejante á lo que en « Germinal » se hace con el superintendente

Maigrat, la multitud pretende hacer con la sucia alcahueta que se dispone á ahogar en la cloaca. En ese momento surgió Elbio.

Pero la multitud anarquista sigue á Germán, ansiosa de entonar su canto siniestro. Goga, libidinosa en su embriaguez de ninfomanía y de crimen, canta su doble himno de lascivia y de anarquía. Y esa marcha de la multitud, ese desfile del ensañamiento criminal colectivo, evoca huestes vandálicas, los grandes arrasamientos de Atila bajo el desfile de sus turbas soberbiamente exterminadoras.

En sinergia de tiempo la multitud mística hace su peregrinación al santuario, buscando la felicidad en el éxtasis, la resignación en la plegaria, siguiendo al insulso Méndez, que hace

lamentar la ausencia de un Froment, y pisando la estela de piedad que deja á su espalda Dolores. Ya de regreso, la multitud de místicos acampa en la estación, cuando la turba anarquista se acerca con mugido de amenaza. Acude la tropa á protegerlos; el choque es terrible. Y mientras los rojos combaten por su fe atea, los negros «se escurren lentamente hacia los clubs del centro de la ciudad y una vez conjurado el peligro entonan un himno á María, que se dilata por las calles, como un soplo de fe y de heroísmo.....»

Esa pasiva cobardía de la chusma católica, que solo parece estoica por su incapacidad de ser viril, abre la vía á la irrupción de la multitud enloquecida, que llega ritmando ester-

tores de tempestad, entre las brumas sombrías de la noche invasora. Y el aquilón, mugiendo la tétrica sinfonía de mil clamores hambrientos, se acerca pavorosamente amenazador. Son miles de cuerpos que viven bajo la fetidez injuriosa del harapo, miles de corazones que ignoran la ternura y el amor, porque el alma se envenena cuando el estómago siente el latigazo hostigador de la miseria, porque la razón se obsesiona cuando el cerebro no ha sido emancipado de la inhibición terrible en que le mantiene la ignorancia. Así « los malos pastores », como los llama *Mirbeau*, van á sufrir las consecuencias indirectas de su inepto patronazgo que hambrea y bestializa á esas multitudes que se aproximan.

« A lo lejos, se veía venir el tumulto de los anarquistas, con hachones encendidos, que arrojaban en lo alto sus crenchas de llamas verdosas. Parecía un ejército de fantasmas, en un desenfrenado desorden, ocupando calles y veredas y furiosamente bramando hacia el gran portón de la fábrica. El edificio estaba silencioso y sin luz, como si hubiera sido abandonado, con algo de esquivo y tenebroso. Parecía esconder una celada. Para llegar á él, tenían que atravesar las filas de los católicos, que seguían cantando el himno á María. Por fin vino el choque. Las dos psicologías se prepararon á despedazarse. De un lado los cruzados, dispuestos á morir y á matar por la religión, del otro los vengadores, dispuestos á morir y á matar

por los sacrificados de todos los tiempos.»

Méndez y Germán se divisan en el entrevero, se acercan, se injurian, se escarnecen. Germán se aproxima cada vez más, con el puñal en alto y con los ojos enloquecidos.

«Y cuando se iban á herir con furor, una oleada de pueblo los arrebató en alto y los separó, en una espantosa zinguizarra, arrastrándolos á través de la gritería y del estrépito. Aquí caía uno; allí otro, manchado de sangre; más allá un alarido de dolor, que sacudía la tiniebla; el sordo rodar de cuerpos por los adoquines, una marejada humana, aplastada contra las paredes y tirada por todas partes; el tambalearse de una muchedumbre, que parecía borracha de cólera, en medio

del desesperado pujar de brazos y cuerpos y del estertor sofocado de los que se asfixiaban. Una llamarada de incendio resplandeció, bruscamente, en la calle tumultuaria, y aparecieron, en la claridad, los rostros trágicos de los combatientes, iluminados por el fuego siniestro. En frente de ellos ardía la fábrica y detrás de los cristales sucios se veía el fulgor de la hoguera y las llamas escapaban fuera, resoplando en medio de la estridente carbonización de los tabacos y del estampido de los techos al derrumbarse. El horizonte se tiñó de rojo y una nube de humo, salpicada de chispas y de haces ardientes, se dispersó en el aire caliginoso. Y mientras el calor quemaba las ropas y hacía retroceder y huir á la multitud agitada,

una descarga de fusilería, llena de amenazas, apuró los miedos de los fugitivos, que se atropellaban por las calles iluminadas, en medio de alaridos feroces.

« — ¡Los soldados! ¡Los soldados! gritaban. Los católicos los traen. ¡Asesinos! ¡A la casa de Méndez! ¡Al jefe canalla! ¡La muerte! ¡La muerte!

« Y cuando los anarquistas se dirigieron, rugiendo, hacia la casa de anchos corredores, los clericales se reunieron lejos, silenciosos y resignados, en un enorme grupo, heroicamente lentos, aceptando aquel inmerecido martirio. Y desaparecieron, siempre tranquilos, en su marcha solemne por las calles desiertas, como si aquel morir de los amigos por la

fe, fuera savia que robusteciera el manantial de divina gracia.

« Los heridos que podían caminar los acompañaban sin quejarse y agradecían, en silencio, al Dios de los fuertes, que los hubiera probado. Eran almas de grandeza estoica, que veían correr la sangre de sus cuerpos y la ofrecían en holocausto, y ultrasectarios que rezaban muriendo, convencidos de redimir al mundo, mientras los anarquistas, que yacían con vida sobre el pavimento, aceptaban el sacrificio, que iba á mejorar la vida de los proletarios entristecidos, los parias miserables de todas las épocas!

.....

« Un grupo de hombres, arrancado de la estación por la fuga, perseguido por las descargas de los soldados,

borracho de alcohol y de rabia, se azofó, corriendo, hacia la casa de Méndez. En la punta, Germán, con torvo gesto, lo animaba, con la blasfemia homicida. Su cara era tétrica; sus ropas estaban manchadas de sangre. En la carrera veloz, tosía á cada rató y arrojaba esputos rosados. Nunca, como en ese momento, había sido más lúgubre su alma de crimen, salvaje en el rencor de la derrota, enajenada en aquella orgía del delito, en aquella lujuria de devastación y de muerte. Su voz no se oía, en el clamoreo horrendo de la horda; pero sus ojos daban miedo, rodeados de una vislumbre escarlata. Todas las puertas están cerradas; todas las ventanas están cerradas. Hay en la calle, entre las sombras de la noche, el terror de

la estepa solitaria, por donde pasan aquellos rastros de la tierra baja. Tristes malditos, arrebatados por la sombría demencia! Y Germán, adelante siempre, gigantesco y lívido como si caminaran con él los bandoleros de todas las cárceles, las sentinas y las zahurdas, que cobijan y ocultan los vicios y las degeneraciones de la recua humana. Ya no era un hombre aquel; parecía un furioso orgasmo, que alzaba sobre todos la cabeza satánica, en un paroxismo de cólera, en esa agitación de exterminio y de venganza. El espectro de Enrique Valverde le gritaba al oído las palabras fatídicas:

«—Te encontrarás con los Méndez. Han ofendido á tu padre, Aniquílalos!

«Cien varas adelante, corría Goga con las crenchas al viento, con las

ropas desgarradas. Su carrera era vertiginosa. Sentía detrás el estrépito de los bandidos que se acercaban. A lo lejos un redoblar de tambores; las casas temblaban. Si llegaría en tiempo para salvar á Dolores? Agarró el llamador con todas sus fuerzas y la calle resonó de los estampidos del hierro. Acercó el oído á la cerradura y sintió como un murmullo tranquilo y largo. Goga había comprendido.

«— Están rezando el rosario, exclamó. Jesús! Los van á matar!

«Y levantó el llamador y la calle resonó del grave estampido de los golpes. Entonces se azotó muchas veces como una loca, con todo su cuerpo contra los batientes. Adentro se sentía el mismo murmullo tranquilo y largo. Seguían rezando el rosario, en

los momentos que aparecía la lívida máscara de Germán Valverde, iluminada por un hachón de resinas. Traía en la mano una daga brillante: otros blandían hachas. Cuando llegaron cerca, Goga daba espaldas á la puerta y había extendido los brazos para defenderla. En ese momento tenía en el rostro una serena hermosura de ángel y en los ojos una transfiguración de cielo. Sus cabellos caían, como un río de oro, sobre el pecho desnudo. Era casi una casta, en su tranquilo heroísmo de mártir!

«El redoblar de los tambores se oía más cerca. Los soldados ya dispersaban la retaguardia en momentos en que las hachas caían sobre la puerta á despedazarla.

«—Fuera Goga! Fuera, rugió Ger-

mán abalanzándose sobre ella. Gran perra! también tú los defiendes!»

Y aquí fué cuando Germán, ciego, blandió su daga filosa contra el busto provocativo de Goga, que antes acribillara tantas veces con sus besos sangrientamente obscenos. En seguida de clavarla en la puerta cayó bajo el estallido sanguinolento de su pulmón tuberculoso, mientras la turba, asombrada de su propia infamia, huía pavorosamente á ocultar en la noche la vergüenza de sus delitos.

Son páginas perfectas, páginas de maestro, que arrastran al lector, apasionan, caldean, contrastando con la inexplicable frialdad de las multitudes de obreros modelos que siguen á Elbio.

Será que la bonanza no tiene en

su mudo cordaje los ritmos sonoros
tempestuosos del huracán! Y en las
almas sucede lo que en la naturaleza.

CONCLUSIONES

Las páginas de arte que acabamos de analizar confirman, una vez más, algunas de las principales conclusiones de la psicopatología de las multitudes, á cuyo estudio científico se asocian los nombres de *Sighele, Lebon, Ferri, Tarde, Rossi, Miceli, Groppali, Nina Rodríguez, Ramos Mejía, Sergi, Jellgersma, Orano, Laborde, Piazzì* y otros.

Germán, instigador de la multitud anarquista, es un DEGENERADO HEREDITARIO, hijo de un padre criminal

nato y de una madre que no conoce. Le han faltado la caricia maternal y la tibia dulzura del hogar. Su educación es torcida. De los brazos mercenarios en que oyera las nenias adormecedoras, pasa al colegio de jesuítas, donde un vaho de hipocresía rebela precozmente su espíritu. Las lecturas anarquistas encuentran en su alma un humus propicio para el florecimiento de todas las odiosidades. Su padre, en un venenoso testamento, le conmina á las más abstrusas venganzas contra toda la sociedad. Así se forma esta siniestra psicología que se precipita locamente en el despeñadero de la criminalidad colectiva.

Goga es una HÍSTÉRICA. Nace en el charco y crece sin subordinación á la moralidad del medio en que vive. La

miseria la empuja entre los brazos de un hombre infame, que la abandona en seguida á la prostitución. La histérica prostituta se encuentra con el degenerado criminal; la morbosidad recíproca los atrae y constituyen la PAREJA DELINCUENTE.

El anarquismo entra como factor ocasional en su psicología. Germán se autosugestiona por lecturas sectarias y las infunde á Goga; él es el INCUBO y ella la SÚCUBO de la pareja.

Méndez es hijo de un suicida y su psicología es indecisa. Es un SECTARIO incapaz de altos vuelos mentales ni de bellos gestos en la acción. Su retrato está, entero, en su diálogo con Elbio, en presencia de Goga moribunda.

Dolores es una MÍSTICA que ha he-

cho de su vida una piadosa peregrinación á través de las lágrimas de los desgraciados.

Elbio es un ILUSO OPTIMISTA, con pujos ingenuos de apóstol.

La multitud primitiva, la que desfila silenciosamente bajo la lluvia y entre la inundación, es amorfa; es una masa humana sin sentimientos colectivos, una MULTITUD NO ORGANIZADA. Las sugerencias de los «meneurs» la animan, dándole sentimiento y organización. Así se forma la MULTITUD CRIMINAL, que va al delito en la más plena inconsciencia y con absoluta irresponsabilidad de los actos que realiza; á su lado se mueve cobardemente la MULTITUD MÍSTICA. Entre ambas nace la ilusoria MULTITUD POLÍTICA sugestionada por Elbio, á la

que el autor pretende atribuir una conciencia clara de su misión, erigiéndola en partido de reforma social.

III.

CRITERIOS SOCIOLOGICOS DE LA NOVELA

Inducciones sociológicas de Sicardi

Solo queda por decir, y debe decirse con honesta severidad, el juicio de la vaga intuición sociológica que *Sicardi* acaricia en sus sueños de inexperto augur sociológico. Es un juicio breve. La sociología no se escribe por el método de las adivinanzas azarasas, ni bajo el influjo de sentimientos simpatéticos y antipatéticos, como pretende *Sicardi* en su libro, cayendo en un precipicio de ingenuidades; por-

que él; lo mismo que su Elbio, resulta un modesto «socialista vergonzante», intuitivo, sin saberlo ni desearlo. Pero no un reformador científico, no un sociólogo, sino un lírico, un pobre metafísico. No razona asociando ideas, sino apilando buenos sentimientos: y olvida que el corazón tiene voz pero no voto en la solución de los problemas sociológicos.

En «Hacia la Justicia» trata la cuestión social en sus tres fases: genética, evolutiva, resolutive. En la primera señala su origen y la plantea, en la segunda presenta las fuerzas en lucha, en la tercera apunta las soluciones.

Germán Valverde, síntesis psicológica del anarquismo, hace la crítica de la organización social presente; es feroz, extremado, sangriento en la iro-

nía y en la invectiva. La palabra es filosa, el gesto incisivo. Diríase escrita, esa página, con uña de hambriento ó con garra de prostituta. Y el testamento de su padre complementa el cuadro crítico en que *Sicardi* plantea siniestramente la cuestión social.—No me extrañaría que los anarquistas de Buenos Aires imprimieran, por separado, esos dos capítulos de «Hacia la Justicia», entendiendo que ese será el más eficaz de sus folletos de propaganda, autorizado por la reputación literaria y científica del autor.

La lucha planteada entre anarquistas y católicos es falsa por lo extrema. Esas dos sectas son los polos, nada más, de este gran huso en que se desarrolla el vaivén sociológico

que, paso á paso, va realizando la evolución social. La lucha, como *Sicardi* la ha planteado artísticamente, es más simple y apasionadora que la verdadera; pero deja la misma impresión de simpleza que los muñecos dibujados por los pilluelos sobre las paredes y las veredas: líneas sencillas, sin gestos complicados, exageración caricaturesca de los rasgos sobresalientes. Por momentos, sin embargo, la sencillez de *Sicardi* tórnase de una magnificencia genial con efectos de luz y sombra que sugieren el recuerdo de las preciosas máscaras de *Vallotón*.

Pero en la evolución de los agregados sociales la realidad está llena de medios tonos, de matices, de acciones complejas, de oscilaciones necesariamente enigmáticas para el observador

superficial é inexperto. Sociológicamente, la lucha de «Hacia la Justicia» es unilateral é inexacta.

La solución es ingenua. Si los extremos son malos, si la inercia de la plegaria es tan estéril como la racha de la rebelión, nada más vulgar que inventar un tipo intermedio, que no sea místico sin ser incendiario.

Se ve, en resumen, que la cuestión social está planteada con colores sombríos, exagerados; su desarrollo es simplicista; su solución imposible. *Sicardi* no es un observador, no es un sociólogo, porque no es imparcial. En lo íntimo de su alma es socialista. Su libro tiene tesis, es decir, va á una finalidad ya prevista, que es el vidrio que da matiz á todo lo que á su través muestra el escritor. «El último

libro será para los que sufren y delinquen por ser pobres». Es la tesis socialista; de un socialismo á su manera: y, por esta vez, la suya no es la mejor manera, porque es lírica.

La cuestión social y sus soluciones son problemas científicos que no pueden comprender ni resolver las masas, sean ellas de místicos ó de anarquistas. La ciencia, ha dicho *Sergi*, es demasiado aristocrática para poderse vulgarizar, es demasiado superior, en comprensión, para penetrar en las almas primitivas é infantiles que llenan el mundo.

De *Sicardi*, como *sociólogo*, podría decirse, parodiando á *Hugo*, que es el armiño de la ignorancia sin una sola mancha de ilustración.

Mis estudios de sociología me per-

miten ofrecerle esta lección sintética de evolucionismo sociológico determinista, que constituye la mejor crítica de sus doctrinas.

Las sociedades humanas evolucionan y se integran á medida que se desarrollan las fuerzas de producción de que el hombre dispone en su lucha contra la naturaleza. Ese aumento constante y progresivo de la capacidad de producción tiende á elevar el bienestar medio de los individuos que componen un agregado social. Ese bienestar, por razones complejas que es imposible analizar aquí, no se aumenta al mismo tiempo para todos los hombres: hay clases privilegiadas y clases desposeídas. La lucha entre las diversas clases, para la elevación de su promedio de bienestar colectivo,

es lo que determina las luchas sociales. Los partidos y las escuelas filosóficas no crean la cuestión social: son su expresión, su resultante. El socialismo católico y el anarquismo son simples epifenómenos de la subyacente estructura íntima de la sociedad y de sus transformaciones. Una sociedad civilizada, que entra de lleno á la evolución del capitalismo industrial, trae en su seno fenómenos económicos secundarios que generan, inevitablemente, estas manifestaciones violentas y tumultuarias del proletario contemporáneo. El sociólogo « observa », simplemente, el hecho; el literato, sentimentalmente, se embandera en pró ó en contra de él, siguiendo el curso natural de sus simpatías.

El desarrollo de las luchas sociales es

complejo. Así como toda la cuestión se asienta sobre el origen y la evolución económica de la constitución social, las luchas intestinas de los grupos sociales son, siempre, luchas de intereses, aunque á menudo atenuadas ó disimuladas por cuestiones políticas, morales, religiosas, ó intelectuales.

Las luchas de los partidos, donde los hay, de las multitudes ó de sus caudillos, son la expresión más ó menos inconsciente de conflictos económicos. La cuestión social no es tan simple que se la pueda plantear entre anarquistas y católicos. Acaso sean ellos la expresión más ruidosa en que se polarizan las luchas; pero ruidosa, en sociología, no significa siempre fundamental.

Problemas son los del proteccionis-

mo y libré cambio, del oro y del papel, de la paz ó de la guerra, que en la cuestión social tienen más importancia que los choques de suburbio entre las sectas antagonistas. Por eso encuentro que Sicardi, aunque lírico é intuitivo, es ya un sectario del socialismo, que ha estrechado su campo visual hasta el punto de poner límites modestos á las intensas luchas de intereses que minan el organismo social contemporáneo.

De sus premisas falsas la conclusión de « Hacia la Justicia » surge estrecha é infantil. Solamente *Sicardi* puede pensar seriamente en los « trabajadores libres », obrando por virtud de su mágica sugestión. Los obreros reales tienen intereses propios y seguirán á los que sepan hablarles de

sus intereses; el « meneur » debe hablar á la masa de algo que ella misma sienta y quiera. *Sicardi* subtrae las masas á su determinismo natural. No pondera bien las causas que la llevan al anarquismo ó á la sacristía, y considera que pueden, en cualquier momento, dejar de ser lo que son, para seguir al pobre iluso de Elbio, arreglando todos los entuertos sociales en cuatro golpes de dictadura, como quien cambia las bambalinas de un escenario mientras los espectadores se aburren en el entreacto.

La cuestión social, á no dudarlo, se solucionará de otro modo; más bien dicho, su aspecto presente se solucionará y ella persistirá, asumiendo formas nuevas. Todos los agregados sociales evolucionan hacia formas de

civilización cada vez superiores, en las que el bienestar medio de cada individuo es progresivamente mayor. El desarrollo extraordinario de la capacidad de producción en el momento histórico actual, traerá, como consecuencia, transformaciones económicas que aseguren á todos los hombres el derecho á la vida. Es verosímil suponer que eso se realizará mediante la socialización en manos del Estado de las grandes fuerzas de producción, dejando á los individuos los productos del trabajo individual.

Esta parece ser, según las mejores inducciones sociológicas, la tendencia evolutiva del capitalismo industrial. Las diferencias de las escuelas y de los autores suelen ser, simplemente, de matices ó de nombres. La evolu-

ción económica resolverá por sí misma los problemas presentes, creando nuevos, sin que su obra sea apresurada por los anarquistas ni retardada por los reaccionarios.

Pero las transformaciones, en el mundo social, no se hacen según una progresión constante sino de una manera intermitente, discontinua. Por eso la evolución ha sido descripta por algunos como una serie de « cursos y recursos », por otros como una espiral ó como el desarrollo de un movimiento helicoide, y, por fin, de *Spencer* acá, como una oscilación rítmica avanzando en el sentido del progreso. — Las luchas sociales entre las naciones, los partidos, las multitudes, las sectas, son simples representaciones psicológicas colectivas, casi siempre incons-

cientes, de los fenómenos económicos que se van integrando y desintegrando en el substrátum económico de la evolución sociológica.

Y basta de lección.

Elbio es un iluso. El pensamiento humano no ha determinado jamás la marcha de la humanidad; es esta que se ha reflejado en el pensamiento de los hombres superiores, permitiéndoles interpretar el pasado, tener conciencia del presente, presentir las líneas generales del porvenir.



Y si tantas observaciones sugiere HACIA LA JUSTICIA, es necesario convenir en que es un libro intensamente original, preñado de páginas hermosas y apasionadas, con algunos personajes

que viven una psicología volcada en matrices magistrales, y, sobre todo, es un libro genuinamente nacional, que tiene derecho de vivir en las letras americanas.

¿Qué importa si los normales lo encuentran descompaginado, los gramáticos mal escrito, los sociólogos inexacto?

Así tiene que ser un libro de Siccardi.

